

Encomio del escritor

Para mí, escribir sobre Mario Vargas Llosa es dar cuenta de una admiración y de un afecto. Porque en Mario admiro al autor tanto como quiero al amigo. Soy viejo y fiel lector de todo lo suyo. De su obra narrativa me deleita un estilo pulcro y claro al servicio de una inventiva inagotable. Leer cualquiera de sus novelas es tener el privilegio de asistir al milagro de la creación artística.

La imaginación es el gran crisol de la creación literaria, porque es la madre de la invención: imaginar –lo dice su etimología– es crear imágenes, seres nuevos, argumentos, episodios, peripecias y desenlaces originales; prenda indispensable del novelista, que le distingue del historiador y del filósofo. Cervantes, que se sentía asistido de esta facultad, siendo plenamente consciente de su posesión, se envanecía de ella en varios pasajes de sus libros, y en especial en aquellos versos del *Viaje al Parnaso*:

Yo soy aquel que *en la invención* excede
A muchos...

Para Cervantes, la inventiva era la primera cualidad del literato. En toda la narrativa de Mario brilla una imaginación patente en los argumentos de sus cuentos y novelas, donde prolifera una muchedumbre de criaturas y episodios originales y felicísimos. Este don, este poder creador, es el que forja al novelista; no basta que reproduzca fielmente la vida que le rodea, si además no sabe poblarla con nuevas criaturas humanas, engendradas por su fantasía.

Y junto a un raro don de inventiva, el estilo. Mario es dueño de un español manejado con elegancia, transparencia y pulcritud. En él admiro al artífice tanto como al fabulador. Alguien que pensó mucho acerca del *oficio* literario, Kipling, escribió una vez: “Miles de palabras excelentes y arduas pueden dejarnos fríos o dormidos, mientras que tan solo medio centenar de palabras exhaladas hace diez generaciones por un hombre en su agonía, o en su exaltación, o en su desidia, aún pueden introducir o sacar de su cautividad a naciones enteras, pueden abrirnos las puertas de los tres mundos”.

La magia de las palabras se alía en la prosa de Mario con una virtud: la cortesía. No solo porque la autenticidad huya siempre del fárrago y de la oscuridad afectada, sino porque hasta cuando Mario Vargas se eclipsa del texto en figura narrador omnisciente, este atributo lo ejerce con humildad característica; pocos autores menos arrogantes que él, en lo humano y en lo literario. Por algo ha reclamado para sí la condición cervantina de *escritor*.

Otra cualidad que aprecio extraordinariamente en su obra es la destreza para reflejar contextos históricos concretos. Y al hacer esta mención no puedo dejar de evocar obras maestras como *La fiesta del chivo*, o una predilección mía: su magnífico libro de memorias, *El pez en el agua*.

He dicho que a Mario le admiro como escritor y le quiero como amigo. Fue de las primeras personas que invité a La Moncloa al asumir la Presidencia del Gobierno. Y tengo la sensación de deberle momentos que recuerdo con especial cariño, en los que pude apreciar su amable intención de distraer, con su trato, el agobio de los apremios vinculados al vértigo de la política. Lo he recordado en alguna otra ocasión; vuelve ahora

a mi memoria la víspera de las elecciones de marzo de 1996, las de nuestra primera victoria. Ese día Mario insistió en que le acompañara al Teatro Español para asistir a una representación de *La gata sobre el tejado de zinc*, de Tennessee Williams. Recuerdo el revuelo que originó mi llegada al teatro y la división de opiniones entre los concurrentes, manifestada de forma ostensible en pitos y aplausos. Fue imposible evitar que el pensamiento de la cita del día siguiente desplazara mi atención de lo que sucedía en el escenario a lo que iba a suceder poco después en las urnas. En todo caso, Mario lo había intentado: para eso están los amigos.

Pero además de como autor y persona, yo quiero y admiro a Mario como militante de la libertad; como persona entregada a un compromiso cívico indeclinable; como peruano y español devoto de su país de nacimiento y del de su elección. Mario es Premio Nobel, uno de los mayores novelistas vivos de la literatura en español, y –me atrevo a decir– de cualquier otra. Pero, además, es un líder de referencia. Alguien que decidió poner su pluma, su talento literario, al servicio de un ideal de libertad. Porque Mario ha sido también político y escritor de combate. Buscar la verdad y defenderla con la palabra es un recio e intenso batallar por una causa noble.

¡Qué difícil encontrar la verdad a través de la muchedumbre de dificultades que tratan de oscurecerla! Y después de hallada, ¡cuánto valor frío y sereno para no callarla, ni disimularla, ni disminuirla! Tarea en la que han de colaborar inteligencia y ánimo. Porque sin la firme resolución de servir siempre y solo a lo verdadero, de poco sirve la erudición caudalosa, la sagacidad refinada o la ostentosa elocuencia. Cuando Cicerón trató de fijar las leyes de la Historia como género literario, las colocó resueltamente bajo la rúbrica general del valor, diciendo en frase conocida pero poco practicada que el historiador ha de atreverse a no decir nada que sea falso y a no callar nada que sea verdadero.

De este temple es Vargas Llosa, que cuenta en su haber más de una batalla valerosamente reñida con el arma de la palabra por la libertad y la verdad. Hay un poeta del XIX español, muy olvidado, Adelardo López de Ayala, una de cuyas décimas siempre me ha hecho pensar en Mario:

¡Pluma: cuando considero
los agravios y mercedes,
el mal y el bien que tú puedes
causar en el mundo entero;
que un rasgo tuyo severo
puede matar a un tirano,
y que otro, torpe o liviano,
manchar puede un alma pura,
me estremezco de pavora
al alargarte la mano!

La responsabilidad del escritor. Sobre ese tema la obra de Mario es una cátedra. Felices los que, al cabo de una larga carrera en las letras, pueden, como él, volver la vista atrás sin encontrar motivo de remordimiento porque nunca traicionaron a sabiendas ni la verdad ni su conciencia.

Mario ha permanecido siempre atento a las vicisitudes políticas de su país. Cuando lo creyó oportuno e ineludible dio un paso adelante, postulándose como líder del Movimiento Libertad y, más tarde, como candidato a la Presidencia de la República por

el Frente Democrático-FREDEMO. Soy testigo de lo que aquella decisión tuvo para él de dificultad personal. En 1990 Mario era ya un escritor absolutamente consagrado en el canon. Y en aquel momento quiso ir más allá del testimonio personal, y asumir en primera persona una responsabilidad netamente política, contraída con todas sus consecuencias. Nunca dudé que esa decisión respondía a un patriotismo auténtico, vivido desde la raíz de su talante liberal. Y ya se sabe que el liberalismo, en el ecosistema político hispánico, es planta frágil y delicada, a uno y otro lado del océano.

Esa etapa la transitó con la gallardía y sinceridad que caracterizan toda su vida y su obra; y para mentís de los partidarios del *viva quien vence* –moral villana según el inmortal hidalgo de La Mancha–, Mario es hoy una referencia entre los amigos de la libertad en su país natal, en España y en toda América. No abundan las figuras públicas de algún relieve dispuestas a poner sobre el tapete, arriesgándolos, nombre, prestigio, tiempo y tranquilidad, para servir unas ideas orientadas por la libertad y prosperidad de los demás. No abundan ejemplos semejantes, y son más necesarios que nunca.

Mario ha sabido siempre cuál era el precio de ser insobornable. Y ha estado dispuesto a satisfacerlo siendo diana de invectivas populistas, *chivo expiatorio* de ese mal que carcome buena parte de la América hispánica: el “socialismo del siglo XXI”. Haber satisfecho semejante peaje debe ser para él un timbre de orgullo; la sinceridad y la independencia provocan siempre la estólida incompreensión de los ignorantes y la mala fe de los calumniadores. Es un lote que debe aceptarse, el fardo del *liberal practicante* por estos pagos.

Comparto con Mario su denodada lucha en favor del Estado de derecho y de las instituciones que amparan el imperio de la ley y el ejercicio de la libertad. Democracia y estabilidad institucional son condiciones básicas para cualquiera que apetezca para sí y para sus conciudadanos libertad y prosperidad. Iberoamérica no merece nada distinto de lo que ha sido aspiración universal de los pueblos libres. Son hipócritas incalificables los que aplauden la consolidación de regímenes y prácticas que no consentirían en su propio suelo pero los consideran apropiados, en cambio, para el “exotismo” latinoamericano. Los españoles sabemos algo de ese nefasto “excepcionalismo” con que cierta arrogancia sedicentemente *progresista* juzga con altivez lo que desconoce.

A principios de 2004 realicé mi último viaje como presidente del Gobierno a Iberoamérica. Quise visitar Cartagena de Indias para inaugurar el Convento de San Francisco, restaurado por aquellas fechas gracias a un trabajo meticuloso y exhaustivo de recuperación. Me acompañaba en aquella ocasión uno de los artistas españoles de mayor proyección, el escultor Javier Mascaró, y allí celebramos una reunión de la Fundación Internacional para la Libertad. Acudieron, entre otros, Álvaro Uribe, presidente de Colombia, gran amigo; Belisario Betancourt, Jorge Quiroga y Julio María Sanguinetti, Enrique Krauze, otro buen amigo mío y de Mario Vargas Llosa, y Carlos Alberto Montaner, entre otros.

Junto con vínculos de amistad, todos compartíamos, con Mario, una preocupación muy viva por la consolidación institucional en Iberoamérica, la posibilidad de arraigo allí de la libertad económica, y de una disposición comprometida con el mundo atlántico y occidental. Esa preocupación no ha hecho desde entonces sino aumentar, al ritmo en que la región iba siendo pasto de la retórica populista, la disfuncionalidad institucional y la corrupción.

El auge de populismos y nacionalismos a que venimos asistiendo desde hace algunos años obliga a redescubrir los cimientos de la libertad, para fortalecerlos y así poder preservarla. En Latinoamérica, el populismo surgió de la crisis del comunismo tras la desaparición de la Unión Soviética. Supuso un retorno al nacionalismo revolucionario. A escala global, ese nacionalismo revolucionario, junto con el islamismo, la democracia iliberal rusa, y el totalitarismo modernizado de la China comunista forman parte de una ofensiva contra las democracias liberales que debe inquietarnos a todos. Pero esa preocupación no debe, sin embargo, conducirnos a la parálisis ni a la agitación estéril. Debe reforzar nuestro compromiso con la democracia y la libertad, sobre todo allí donde la amenaza contra ellas es más grave.

En alguna ocasión he recordado, al respecto, un texto que Mario conoce bien. Se escribió con ocasión del homenaje a Salvador de Madariaga que tuvo lugar en París en 1956, en el setenta aniversario de su nacimiento. Allí Albert Camus pronunció un discurso titulado *El partido de la libertad*. Ese título hacía referencia, claro, a la genérica militancia liberal de Madariaga. Dijo Camus:

“Gracias a usted, y a pocos más, los francotiradores perpetuos como nosotros tenemos un partido. ¿Qué partido? El partido de las personas a las que los implacables y totalitarios insultan[...] Usted ha rechazado plegarse a cualquier conformismo actual y ha sabido trazar los límites fuera de los cuales nuestros ideales pierden sentido. Le hemos oído repetir, insistentemente, que la libertad no es nada sin la autoridad y que la autoridad sin la libertad no es más que el sueño del tirano; que los privilegios económicos son inaceptables, pero que no se conoce sociedad sin jerarquía y que la nivelación es lo contrario de la verdadera justicia; que el poder solo se ve legitimado por la conformidad popular, pero que el sufragio popular directo puede ser un fermento de anarquía o de tiranía; que los nacionalismos han sido la plaga de este tiempo y que, sin embargo, la sociedad internacional no puede obviar las naciones, pues para trascenderlas es preciso que antes existan”.

Y concluyó elogiando el papel de Madariaga en la construcción de una Europa libre en estos términos:

“No le desearé el descanso que otros estimarían más que merecido. Le necesitamos a usted. Necesitamos que nos ayude a continuar lo que hemos comenzado. Y sabiendo que respondo al afán de su joven corazón, le deseo la lucha perpetua y noble en favor de la verdad y la libertad que usted y nosotros anhelamos por encima de todo. La liberación que aguardamos la debemos a sus acciones y a su ejemplo, que permanecen para nuestro común honor”.

¡Cómo le cuadran a Mario las palabras de Albert Camus dirigidas a Salvador de Madariaga! Sus acciones y su ejemplo también “permanecen para nuestro común honor”. Esto lo he sentido de forma muy próxima en numerosas ocasiones. Cuando Perú se deslizaba por una pendiente peligrosa bajo la presidencia de Alberto Fujimori, Mario secundó el proyecto encabezado por Alejandro Toledo y me pidió varias reuniones que pude concertar con él. Desde el Gobierno promocionamos algunos importantes programas de ayuda a Perú que yo seguí personalmente con mucha atención.

Poco después de abandonar el gobierno, en junio de 2004, intervine en otro acto de la Fundación Internacional para la Libertad, esta vez celebrado en Madrid, en la Casa de América. Lo hice porque Mario me lo había pedido. Fue entonces cuando pronunció el mejor elogio de mi persona del que tengo recuerdo, por su contenido y por el momento en que tenía lugar. “De José María Aznar” –dijo– “se pueden decir muchas cosas, pero quizás la más importante, y la que finalmente quedará en los libros de historia, es lo mejor que se puede decir de un gobernante, y es que dejó su país mucho mejor de como lo encontró. Vale la pena recordarlo en estos tiempos, después de unas semanas en las que con esa característica ingratitud que acompaña siempre a la vida política, José María Aznar ha sido víctima de una feroz campaña de invectivas, de diatribas y acusaciones, muchas de ellas incalificables”. No he podido olvidar, porque son inolvidables para mí, esas palabras de Mario.

También ha sido referencia para muchos, entre los que me cuento, la posición de Mario hacia el nacionalismo, de profunda desconfianza. Muy oportunamente situó en su día como una de las principales razones del éxito cultural iberoamericano su capacidad para traspasar fronteras nacionales, adquiriendo dimensión continental, proyectándose hacia todo el espacio que habla en español o en portugués, sin limitar su ambición al reducido ámbito nacional de cada país. Ni puedo olvidar el compromiso activo de Mario Vargas Llosa en contra del terrorismo, y su denuncia de cualquier ambigüedad o paliativo retórico en este terreno, así como su inequívoca defensa de la Constitución y la unidad nacional española cuando ha sido desafiada por el secesionismo sedicioso.

Mario posee la nacionalidad española desde 1993. Desde esa fecha, añadí a mi condición, primero de admirador y luego de amigo, la de compatriota. El vínculo de la lengua ya nos unía y hacía gratamente conversable nuestra amistad. La afinidad política y su nacionalidad de adopción estrechó ese nudo.

Siendo Mario antes que nada *escribidor*, quiero, para dar fin estos renglones, traer aquí aquellas mismas palabras que Cervantes pone en boca de Don Quijote en una de sus donosas pláticas con el Bachiller Sansón Carrasco: “Lo que yo alcanzo, señor Bachiller, es que, para componer historias y libros, de cualquier clase que sean, es menester un gran juicio y un maduro entendimiento”. De haber conocido a Mario, el buen caballero de seguro hubiera añadido a esas virtudes de la cabeza, estas del corazón: cortesía, coraje y humildad.